

el mesías rey

jesús, mesías y rey

El Antiguo Testamento es la Historia de Dios que salva al hombre. Un "leitmotiv" de esta Historia es la creencia y la esperanza en el futuro. Se espera el reino de Dios prometido a Israel, que será el elegido y el vehículo de comunicación de la salvación. A este dinamismo de esperanza que atraviesa todo el Antiguo Testamento le ha llamado Copenhague "mesianismo" en un sentido amplio (1). Esta acepción coincidiría con el significado que vulgarmente damos hoy al término mesianismo: una salvación que viene. Sin embargo, cuando en la Biblia se habla en un sentido más exacto de *mesianismo*, se está aludiendo a la venida de esa salvación como una época nueva, ideal y escatológica, que Dios realizará por un *intermediario*.

Jesús se identifica con el Mesías auténtico, intermediario definitivo y escatológico entre Dios y el hombre cara a la salvación. Particularmente los Sinópticos, y sobre todo Marcos, tendrán muy presente al redactar y organizar sus datos y su fe en Jesús el presentar el misterio de Jesús Mesías (2). La Iglesia primitiva da a Jesús, junto con el título de Señor, el de *Mesías* que lleva a su cumplimiento la obra de salvación (Act. 2,36). Tanto se extendió la identificación de Jesús con el Mesías, que nor-

malmente designamos a Jesús por su título de "Cristo", que es el término griego correspondiente a Mesías. En la confesión de Pedro de Mc 8,27.29b queda clara la importancia de este título de "Cristo": "¿Quién dicen los hombres que *soy yo?*... Pedro le contestó: "Tú eres el *Cristo*".

Ahora bien, notemos desde el principio que, en la historia del mesianismo en Israel, el núcleo más significativo está en el *mesianismo real*. El Mesías alude, sobre todo, a la figura del rey. El mismo término de "Mesías" ("jristós") significa "Ungido" y hace referencia a la ceremonia de unción de los reyes, por la que se acepta a la persona del rey como intermediario de la salvación que Dios da al pueblo. Además, durante largo tiempo en la historia de Israel, el monarca será el intermediario entre Dios y el pueblo, centrándose en él todas las esperanzas mesiánicas.

Junto a esto vemos que Jesús aparece al comienzo del evangelio de Mateo y Marcos predicando la conversión porque "el reino de Dios está cerca" (Mc 1,15; Mt 3,2). En S. Juan Jesús se identifica con el Reino, invitando a la fe en El, y reconociéndose públicamente ante Pilato como el *Rey esperado* de los judíos (Jn 18, 33-37).

el mesías rey en la historia de israel

Si Jesús se identifica con el Mesías Rey, es interesante analizar este tema en el Antiguo Testamento. Coppens ha realizado un estudio concienzudo sobre el mesianismo (3). De él se puede concluir que el mesianismo real es el centro del mesianismo. El Mesías Rey preponderó durante largo tiempo en Israel como figura y prototipo de la salvación escatológica. El Mesías Rey fue el aglutinante de la espera mesiánica hasta Cristo. Bien es verdad que las figuras del Siervo Sufriente y del Hijo del Hombre se impondrán posteriormente. Pero hay que verlas más bien como adaptaciones y purificaciones de esta figura del Mesías Rey. El pueblo pasa por circunstancias en las que estas figuras le mantienen más en su esperanza por ser más afines a sus circunstancias. Y la pedagogía bíblica se adapta a los sentimientos del pueblo. Pero, básicamente, sigue en pie lo más puro del mesianismo real. Jesús reunirá en sí las más importantes figuras soteriológicas de Israel. Jesús, Mesías y Rey, sacia la espera en la venida de un reino de paz, de justicia, de santidad: el Reino de Dios.

Quiero presentar la génesis y desarrollo de esta estructura sociopolítica de Israel, que sirvió de soporte a la promesa de salvación y que Jesús vuelve a tomar anunciando la plena realización en su persona.

La profecía de Natán (2 Sam 7, 1-16): Carta Magna del mesianismo real.

El Rey David "había sido tomado del pastizal, de detrás del rebaño,

para ser caudillo del pueblo de Israel" (2 Sam 7,8b). Esto era ya un signo de predilección. Pero, a partir del momento de la profecía de Natán se le anuncia la permanencia de su descendencia en esta labor mediadora de salvación. Según el estudio hecho por Le Rost (4), el núcleo más primitivo de esta perícopa habría que ponerlo en los versículos 11b: "Yahvé te anuncia que Yahvé te edificará una casa", y 16: "Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme eternamente". Hagamos resaltar dos elementos: Se establece al Rey (portador de la promesa divina) *para siempre*. No se trata de una invalidación y sustitución de la antigua promesa del Sinaí. Estamos, más bien, ante una concreción de la promesa en una persona determinada: el monarca. En la profecía resuenan los ecos de los tratados de alianza del Antiguo Oriente y de la alianza con Israel en el Sinaí: "Yo seré para él padre, y él será para mí hijo" (2 Sam 7, 14). Se da un compromiso y predilección de Yahvé con el Rey. A su vez el Rey tendrá que ser lugarteniente de Yahvé para asegurar al pueblo la justicia, el derecho, la paz y el bienestar.

He aquí, pues, el punto de arranque de la figura del Rey como Mesías. Pero estamos ante algo elemental. Si leemos atentamente los salmos y los profetas, nos iremos haciendo con los perfiles de esa figura soteriológica. Notaremos varias etapas. Una primera de esplendor de la monarquía, en que se tiende a identificar al Rey con el Mesías salvador escatológico y en que la salvación de Dios se reduce al bienestar reinante. Después fallarán los reyes y las esperanzas se irán proyectando a un Rey ideal del futuro, según lo pintan los profetas. Por último,

tras el destierro en Babilonia, se presentará un rey humilde a la manera de Zacarías 9,9, entonces será necesario completar la figura del mediador con otros tipos soterialógicos ("Siervo de Jahvé" e "Hijo del Hombre").

Relecturas de la profecía de Natán en los salmos

Los salmos 89 y 132 son dos casos claros de que el oráculo de Natán ha intersado a los salmistas. Recogen el fondo inicial básico del oráculo: permanencia salvadora de la dinastía davídica. Acentúan el rasgo de la Alianza (Sal. 89,28-30), hablan de la unción (Sal 89, 21) y ponen una condición a la promesa: la fidelidad del Rey a Yahvé, manifestada en el culto del arca (Sal 132).

Otra serie de salmos (sobre todo 72, 2 y 110), más que referirse a la profecía de Natán, la suponen implícitamente para darnos una estampa del Rey Mesías en su esplendor. En estos tres salmos aparece cómo la dinastía davídica ha sido grande y famosa, escogida y glorificada por Dios. El pueblo ha esperado la salvación por medio de ella. Se da una "visión binocular" (con profundidad en el tiempo) del monarca reinante. Por una parte se describe y se exalta al Rey histórico y por otra, implícitamente, se alude al Rey escatológico. Se insiste en la vinculación del Rey con Yahvé. El Rey es su "Hijo" a quien engendra (Sal 2). Se acentúa su papel terrestre de guerrero que triunfa de los enemigos del pueblo y de Dios (Sal 110). Poco a poco se irá espiritualizando su figura: el rey no será sólo el guerrero valeroso, sino el que se preocupa de reinar con justicia en favor sobre todo de los po-

bres y desgraciados. Vemos, pues, en los salmos las dos misiones del Rey Mesías: promover el culto y la religión (dimensión vertical) e imponer la justicia (dimensión horizontal y terrena). Junto a esto la constante alusión al Rey escatológico del fin de los tiempos.

El Mesías Rey de los profetas

El "dossier mesiánico" de los profetas lo constituyen trece pasajes que, tras serios estudios exegeticos, se puede dar por cierto se refieren al Mesías Rey. Todos ellos centran la espera de salvación en la dinastía davídica. Sobre la base de la monarquía se espera un rey ideal que realizará de modo especial, único y eminente la tarea de salvación.

Los textos son: Am 9,11-15; Os 3,5; Is 7,10-17; 9,1-6; 11,1-5; Mi 5,1-3; Jr 23,5-6; Ez 17,22-24; 34, 23; 37,24; Ag 2,21-23; Za 9,9-11; 12,8.

Sería muy prolijo, aunque muy fructuoso, hacer un comentario de cada uno de los textos. Me voy a limitar a dar una serie de notas generales, deteniéndose un poco más en los tetos del Protoisaías y de Miqueas en que aparece más definida esa salvación que se espera por la mediación de la dinastía davídica.

Los tres pasajes de Isaías están unidos y presentan una ambientación homogénea. El redactor final pretendió darnos un retrato definitivo del Rey del futuro.

“Pues bien, el Señor mismo
va a daros una señal:
He aquí que la doncella ha concebido
y va a dar a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7, 14).

El texto está plagado de problemas hermenéuticos. Prescindo de ellos y sigo la hipótesis que me parece más probable: Isaías habla al rey Ajaz en vista de la invasión asiria y le da una señal de parte de Dios. Le anuncia el nacimiento excepcional y mis-

terioso de Emmanuel, niño real futuro, llamado a ser salvador del pueblo. La señal inmediata para el rey es la catástrofe del pueblo. El nacimiento de Emmanuel significa que la dinastía davídica continuará reinando.

“Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado,
el señorío reposará en su hombro,
y se llamará
Admirable-Consejero,
Dios-Poderoso
Siempre-Padre,
Príncipe de Paz”
Grande es su señorío y la paz no tendrá fin
sobre el trono de David y sobre su reino
par restaurarlo y consolidarlo
por la equidad y la justicia.
Desde ahora y para siempre,
el celo de Yahvé Sebaot hará eso”. (Is 9,5-6).

En estos versículos se definen con más detalle los rasgos de ese niño real. Se explicitan los elementos del Mesías Rey ideal en el futuro: “sobre el trono de David”, con una labor salvadora, medianando en el bienestar, “para restau-

rarlo y consolidarlo por la equidad y justicia”, con una dimensión moral e interior puesta de relieve en los títulos que le da. Podemos decir que ya vamos vislumbrando la llegada del verdadero Mesías.

“Saldrá un vástago del tronco de Jesé
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el espíritu de Yahvé:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Yahvé.
(Y le inspirará en el temor de Yavé).
No juzgará por las apariencias,
ni sentenciará de oídas.
Juzgará con justicia a los débiles,
y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra.
Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,
con el sople de sus labios matará al malvado.

Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus flancos.
Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá". (Is 11,1-5).

Estamos ante el texto más claro del Mesías Rey. Se trata del Mesías Rey escatológico. Es un nuevo David, definitivo. El profeta espera el Mesías no en los miembros *actuales* de la familia reinante, sino en un retoño nuevo. Lo cual no significa que se rompa la promesa sino que habrá una total renovación arrancando de esa misma raíz. Son los tiempos nuevos, caracterizados poéticamente con pinceladas de nueva creación.

Religión y justicia (al igual que veíamos en los salmos) serán las líneas de combate del Rey Mesías. A ello le lleva el espíritu de Yahvé con sus dones carismáticos: sabiduría e inteligencia para administrar bien el reino como un nuevo Salomón; consejo y prudencia de diplomático y fuerza de guerrero; ciencia y temor de Dios que le mantendrá en contacto íntimo con Yahvé, capacitándole para ser mediador religioso del pueblo.

"Mas tú, Belén-Efrata,
aunque eres la menor entre las familias de Judá,
de tí me ha de salir
aquel que ha de dominar en Israel,
y cuyos orígenes son de antigüedad,
desde los días de antaño.
Por eso Yahvé los abandonará hasta el tiempo
en que dé a luz la que ha de dar a luz.
Entonces el resto de sus hermanos
volverá a los hijos de Israel.
Y se alzarán y pastorearán con el poder de Yahvé,
con la majestad del nombre de su Dios.
Se asentarán bien, porque entonces se hará él grande
hasta los confines de la tierra". (Mi 5,1-3).

Observamos una gran afinidad con Is 11,1-5. Se repite la promesa del Rey de los últimos tiempos. Se especifica su procedencia de Belén, del clan de Efratá. La perícopa forma parte de los cc. 4 y 5 en que se promete un dominio espiritual del resto de Israel tras el exilio y restauración. El nuevo Rey encontrará a sus hermanos tras el exilio y "pastoreará con el poder de Yahvé".

Si continuamos con las aportaciones de los otros profetas al problema del mesianismo notamos lo

siguiente: Jeremías y Ezequiel son menos brillantes en su presentación del Rey Mesías. Pero son consecuentes con el cambio de actitud del pueblo en la confianza en sus reyes. Escriben tras el exilio. El pueblo está desengañado de sus reyes. La experiencia más inmediata es la del dolor y el fracaso. Por otra parte, esto será una circunstancia providencial y purificante. Se evita el peligro de identificar la salvación de Dios con una estructura histórica concreta. Dios en todo el Antiguo

Testamento aprovecha los sucesos históricos para canalizar por ellos su salvación, pero nunca se identifica con ellos. Utiliza las estructuras histórico - culturales, pero las desmitifica remitiendo a la salvación escatológica. Esta es la aportación de Jeremías y Ezequiel. Insisten en la misión de mediador del Rey Mesías en una faceta mucho más religiosa y espiritual: la santificación del pueblo. Remiten a lo escatológico (Ez). Hacen ver que la santificación del pueblo la hará el Espíritu divino, desembocando así en la teología de la nueva Alianza (Jer). En Ag 2,21-23 se dará un querer reconstruir ese Rey ideal, salvador, identificándolo con Zorobabel.

Por último son interesantes los matices que da Zacarías al Rey Mesías: un Mesías humilde, imagen del pueblo restaurado por el exilio. Pero en el fondo sigue afirmando que la dinastía de David triunfará. Notemos además la cercanía de este Rey humilde con la figura del Siervo Sufriente, en el que Dios triunfa y salva a su pueblo.

reflexión final

Jesús aparece como palabra y acontecimiento escatológico en el orden de la salvación. Una vez que El ha aparecido ¿qué sentido tiene el acudir al Antiguo Testamento para aclarar el mensaje de revelación? ¿Es que el Nuevo Testamento no es suficiente por sí mismo? ¿Qué sentido tiene, a la

hora de reflexionar sobre el misterio de Cristo, haber analizado previamente la figura veterotestamentaria del Mesías Rey?

Sí tiene sentido, en el momento en que no concebamos a Cristo como algo puntual sino como un *proceso de salvación*. En el Cristo personal, que ya ha entrado definitivamente en la escatología por la resurrección, se ha consumado este proceso. Pero en la Iglesia, que camina en una escatología germinal y de promesa, se van repitiendo muchos de los movimientos que prepararon la llegada de Cristo. Vivimos una situación parecida de mesianismo, cara al Cristo de la parusía. Un mundo que necesita y espera salvación. Un mundo que la intenta y a veces la identifica con sistemas políticos y económicos. La Iglesia debe saludar con entusiasmo todo movimiento de humanización y de justicia en la tierra. Por ellos viene el Reino nuevo, igual que —según anunciaban salmistas y profetas— la salvación de Dios vendría por los reyes de Israel. Pero también nos debe quedar claro que la salvación no se debe identificar con ningún hombre ni con lo terrestre. Debe remitir siempre a la salvación final, al Cristo del encuentro escatológico. El mundo y la ciudad nueva vienen a nosotros a través de lo presente, arrancando de su tronco, pero con una transformación radical y nueva. Únicamente Cristo en su venida final llenará plenamente las aspiraciones de salvación actuales, porque sólo El es el Mesías Rey que anunciaron los profetas.

notas

- (1) J. COPPENS, *L'esperance messianique*, R. Sc. Rel. 37 (1963) pp. 225-249.
- (2) G. MINETTE DE TILLESSE, *Le secret messianique dans l'évangile de Marc*, Ed. du Cerf, París 1968.

- (3) J. COPPENS, *Le messianisme royal*, N R Th (1969) pp. 30-49; 225-251; 479-512; 834-863; 936-975.
- (4) LE ROST, *Das kleine Credo und andere Studien zum Alten Testament*, Heidelberg 1965, pp. 159-183.

“Cristo es el eje y el culmen de una Materia universal... Colocado así Cristo, por más sobrenatural que sea su dominio, irradia su influencia de una cosa en otra a toda la masa de la naturaleza. Puesto que concretamente no está en curso más que un solo proceso de síntesis, de arriba abajo del Universo, no existirá ningún elemento, ningún movimiento, a ninguna escala del Mundo, fuera de la acción “informadora” del centro principal de las cosas”. Cristo es “coextensivo a la escala de valores que se espacian entre las cumbres del Espíritu y las profundidades de la Materia... En El todo ha sido lanzado y todo se mantiene y todo se conserva”.

TEILHARD DE CHARDIN, *Christologie et évolution*